



**CALABAZAS**

*en el trastero*

*Horror Cósmico*



Presenta

**CALABAZAS**



*en el trastero*

# CALABAZAS



*en el trastero*



*Horror Cósmico*

**Créditos:**

**Primera edición digital:** enero 2016  
**Código:** COD 9785400038635050065

**Ilustración de portada:** Martín de Diego Sádaba  
**Maquetación y diseño:** Miguel Puente y Kachi Edroso  
**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso  
**Prólogo (cortesía de Nocte):** Andrés Díaz Hidalgo  
**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Autores:** Andrés Abel, Magnus Dagon, Luis Guallar,  
Juan José Hidalgo Díaz, Fernando Lafuente,  
Juan Ángel Laguna Edroso, Sergio Mars, David Marugán,  
Ricardo Montesinos, Ana Morán Infiesta,  
Óscar Pérez Varela, Santiago Sánchez Pérez y Aitor Solar

**Edición:** Saco de huesos  
Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza  
**Más información:** [www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca  
Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# El horror cósmico

**E**n muy diversas ocasiones se utiliza terror como sinónimo de la palabra horror. Sin embargo, como veremos, esto es de todo punto inexacto. El terror se define como un *miedo muy intenso* o, si se hace sustantivo, es una *persona o cosa que produce terror*. El horror, sin embargo, es un *sentimiento intenso causado por algo terrible y espantoso, que suele proporcionar cierta aversión por lo atroz, monstruoso o enorme de su naturaleza*. Así pues, el terror es un miedo hacia algo que asusta a los seres vivos, cualquiera que sea su naturaleza, provocado por algo que realmente es susceptible de provocarlo. El horror es, por tanto, una emoción emparentada con el miedo pero de naturaleza más personal, típicamente humana, perteneciente a la esfera de lo íntimo y propio que, si bien puede tener una naturaleza real, no es un requisito imprescindible para notar sus desagradables y perturbadores efectos.

Aquí considero importante anotar mentalmente esas características mencionadas sobre el horror:

*monstruoso y enorme*, porque volveremos pronto sobre ellas. Regresando al terror, podemos encontrar relatos y películas acerca de monstruos susceptibles de causar ese sentimiento: fantasmas, licántropos, vampiros, zombis, alienígenas, robots asesinos y una amplia caterva de criaturas que a lo largo de los tiempos se han ido sucediendo una tras otra como los máximos exponentes del terror. La gran mayoría de ellos, incluso la criatura de moda por excelencia, el muerto viviente, tienen un reinado de terror que se limita al momento en el que el protagonista logra deshacerse de ellos o su impacto sobre el lector o espectador (aunque a partir de este mismo momento voy a referirme solo al primero de ellos por mera comodidad) desaparece. Son criaturas que sobrepasan lo natural, es cierto, pero se encuentran sujetas a muchas de las leyes que a todos nos rigen.

Y aquí es donde entra en juego el horror cósmico materialista. El ser humano se cree la cúspide de la evolución, la criatura suprema elegida por Dios para, algún día, gobernar el universo y todos sus secretos. Nuestra inteligencia es insuperable, nuestro espíritu indomable y nuestras convicciones imbatibles... ¿verdad? Qué sorpresa supuso la aparición de la obra de Howard Phillips Lovecraft, el máximo expo-

nente del horror cósmico, que daba la vuelta a todas estas ideas de un plumazo. En un puñado de maravillosos relatos no relegó del trono de la creación a la suciedad que se esconde debajo de la alfombra. El ser humano no era la cúspide de nada; antes bien era solo una de las numerosísimas razas que han habitado nuestro planeta y, de hecho, no precisamente la más reseñable: somos blandos, degeneramos con los años a gran velocidad, nuestra capacidad de sanación de cualquier herida es penosa y, para colmo de males, somos mortales.

La inteligencia humana puede resultar algo extraordinario, pero no representa nada cuando la comparamos con seres cuyos movimientos a través del tiempo, el espacio y las dimensiones que rodean a la nuestra sobrepasan nuestra pobre imaginación. Su inteligencia se ha forjado a lo largo de incontables generaciones o, incluso, poseen la habilidad de compartir recuerdos y sensaciones, convirtiendo al ser humano en poco menos que una isla desierta aislado de sus semejantes. Nuestro *espíritu indomable* se quiebra con facilidad cuando contemplamos lo que ciertas criaturas, o seres de los que no sabemos siquiera su nombre, son capaces de hacer: conquistan el espacio, dominan el tiempo, transfieren sus

mentes a otros cuerpos, construyen ciclópeas ciudades más allá de la más fértil imaginación de un arquitecto loco y existen pocas cosas capaces de hacerles retroceder cuando se deciden, tras incontables siglos, a hacer un movimiento.

Aunque lo peor está por llegar, como suele suceder, y resume un poco todo lo anterior: nuestras *convicciones imbatibles*. No ocurre cosa tal: todo aquello que creemos se transforma en fibras de sabiduría lanzadas al caos. Somos la última mota de polvo que habita sobre la Tierra y nuestra presencia solo es permitida por el momento. No existe el Cielo, ni el Infierno, Dios o Satanás y, lo que es aún peor, no encontramos nada como el bien o el mal, no hay asomo de ética ni noción de la justicia. El universo es una jungla implacable en la que el ser humano está destinado a su rápida extinción como el insecto molesto que está resultando ser. Nuestros enemigos son a veces sutiles e insidiosos, pero siempre monstruosos y enormes, sobrepasan nuestra capacidad de convicción, hostiles a nuestra mera existencia. Este universo cósmico materialista, opuesto al terror gótico, basa su capacidad de horrorizar en la espantosa sensación de indefensión.

Y bien podría haberse titulado la presente antología de *Calabazas en el Trastero* "Especial Lovecraft", pues los relatos que a continuación se presentan cogen la esencia de ese universo despiadado e inhumano, poblado por seres abominables (muchos de los cuáles ni siquiera han oído hablar de la raza humana). Los autores elegidos dan otra vuelta más de tuerca a ese concepto blasfemo, adimensional, arcaico, extraño, ateo, atroz, oscuro, febril, ciclópeo, desasosegante, profano, estremecedor, monstruoso, espantoso, fatal, horrendo, impío, incomprendible, siniestro, inconcebible, infernal, innombrable, indescriptible, ominoso, preternatural y prohibido de universo no euclidiano de horror cósmico y materialista, heredado fugazmente de otros, pero gestado en su parte más importante por aquel que quiso que en su lápida figurase "I am Providence".

**Andrés Díaz Hidalgo**

# La Teaghonía de Heráclito

Por Juan José Hidalgo Díaz

*Corriente de sangre coagulada  
Navega la nave de los locos  
Propicias estrellas que observan  
Necios mortales y sus cuitas*

*Teaghonía. Libro Tercero. Decimotercer Cantar,  
La Sangbelada  
Versos 13, 14, 15 y 16*

—Creo que está completamente loco y que no tengo tiempo para estas estupideces.

Se acababa de quitar las gafas y se sujetaba el puente de la nariz con los dedos. El ceño tiraba tanto de la piel de su frente como de sus bellos. En cambio, su interlocutor parecía lleno de una energía serena, todo él pose regia y espalda recta dentro de la sotana, rostro sereno y sonrisa beatífica sobre el alzacuellos.

—Entiendo su escepticismo, señor presidente —hablaba un correcto español con cierto acento del este de Europa.

—Mire, padre, no es momento para supersticiones y supercherías. Accedí a esta reunión porque creía que me venía a hablar de los disturbios.

—Es que también vengo a hablar de los disturbios, señor presidente. —El sacerdote se había inclinado levemente hacia adelante, subrayando sus palabras.

El presidente de la República se colocó de nuevo las gafas, apresuradamente.

—Pues haber empezado por ahí, hombre. Antes de contarme todas esas sandeces satanistas.

—No lo comprende. Pero no es su culpa.

—Mire, padre, guárdese la condescendencia para su rebaño —amenazó señalando al sacerdote con un dedo.

Este alzó las manos, de dedos largos y delicados, en un gesto conciliador.

—Intento hacerle entender algo que pocos hombres son capaces de imaginar, señor presidente. No soy condescendiente.

—Lo que yo entiendo es que tengo a medio país en armas contra el otro medio. Que solo hace falta una chispa para mandar todo esto al carajo. Y usted,

en vez de hablarme del problema, me cuenta una historia ridícula de una secta.

—Ambas cosas están relacionadas, señor presidente. Íntimamente relacionadas.

—Ilústreme.

—Hemos causado esos disturbios como parte de nuestra batalla contra el Mal del que intento advertirle.

Manuel Azaña alzó las cejas, mandó todo su peso contra el respaldo de su sillón y cruzó las manos sobre la barriga. Muy lentamente, dijo:

—¿Me está diciendo que el Vaticano es el que ha ordenado la quema de iglesias y el asesinato de curas y monjas? ¿Cree que soy idiota?

El sacerdote se miró el hábito de repente, como si lo viera por primera vez. El fruncimiento de su ceño manchó por un instante la blancura de su amplia frente. Enseguida se recompuso.

—Discúlpeme, señor presidente. A veces olvido que llevo estas ropas. No. No es el Vaticano a quien represento, aunque es útil para nuestros fines que ellos lo piensen.

—¿Los fines de quién?

—De mi Orden, por supuesto.

Azaña negó con la cabeza violentamente.

—Está intentando confundirme, y es el peor momento para hacerlo, créame. Vuelva cuando no estemos de mierda hasta las cejas.

—En otro momento será tarde, señor presidente. Los acontecimientos se precipitan a una velocidad imparable y su intervención será la que cambiará el curso de los siglos que están por venir.

El presidente de la República se levantó con las palmas de las manos sobre su mesa. Las gafas resbalaron por su nariz hasta la punta.

—Mire, padre Mijaíl, España se acerca a su hora más oscura. Si esto no lo para nadie, el país entero se convertirá en un polvorín.

—Y la Guerra Civil más sangrienta y horrible de su historia azotará el país. Lo sé, eso es a lo que he venido.

Manuel Azaña se dejó caer en su sillón, de repente muy cansado, con la mano ocultando sus ojos desesperados.

—Pues si tiene una solución a la guerra, dígamela ahora o váyase.

—No, no es eso lo que he dicho. Digo que vengo a pedirle que comience la Guerra Civil.

Los ojos de Azaña se clavaron incrédulos en la serenidad del falso sacerdote. Este mantenía las

manos sobre las rodillas, la sonrisa beatífica y un halo de tranquila santidad tales que el presidente deseó destrozarle la cara a puñetazos.

—Pero está usted completamente desquiciado. Es un loco, un loco peligroso.

El visitante se aproximó a la mesa de Azaña. En sus ojos de hielo brillaba una oscuridad desconocida para su anfitrión. Su voz, cuando habló, estaba preñada de escalofríos y de vellos erizados.

—Si usted hubiera visto las cosas que yo he visto, perder la cordura sería la última de sus preocupaciones, señor presidente.

—Váyase ahora mismo de mi despacho —respondió con una ira que no estaba exenta de temor.

El falso sacerdote recuperó su postura en la silla. Nada en su gesto presagiaba que fuera a obedecer.

—Señor presidente, solo quiero hacerle una pregunta: ¿qué harán los izquierdistas cuando José del Castillo sea asesinado? Y cuando Calvo Sotelo muera, ¿qué harán los derechistas?

—Está amenazando de muerte a un militar de alto rango y a un diputado. ¿Se da cuenta de la gravedad de sus delitos?

—No estoy amenazando a nadie: estoy relatando los hechos que ocurrirán pronto.

—¿Pronto?

El falso sacerdote sacó de su sotana un reloj de bolsillo. Lo contempló unos instantes.

—De hecho...

Un portazo interrumpió la conversación. En otras circunstancias, Azaña habría lanzado una severa reprimenda al joven secretario que irrumpía en el despacho. Pero la palidez del muchacho y la mirada enigmática del Padre Mijaíl le hacían presagiar lo peor.

—Señor presidente. Es José del Castillo. Lo han tiroteado en Augusto Figueroa. Está...

—Gracias —dijo Azaña.

—Pero, señor...

—He dicho gracias. ¡Fuera!

El secretario murmuró una disculpa y abandonó el despacho. Azaña miró a Mijaíl. Este parecía complacido.

—Deme una razón, una sola, para que no lo entregue a las Juventudes Socialistas.

—Porque usted es un hombre íntegro, señor presidente.

Este asintió con las comisuras de los labios tensas hacia abajo.

—Y porque nada que haga conmigo detendrá la maquinaria que hemos puesto en marcha.

—¿Por qué? —preguntó el presidente, con congoja en la garganta—. ¿Qué les ha hecho España a ustedes para que quieran destruirla?

—Salvarla, señor presidente. Salvarla.

—Y viene a restregarme por la cara su triunfo. ¿No es así? «Vamos a destruir su país, y no puede hacer nada para evitarlo», ¿verdad?

—La Guerra Civil no tiene marcha atrás. Ya no. Si nosotros no asesinamos a Calvo Sotelo, la izquierda buscará otra cabeza que cercenar. O varias. Ya que va a suceder, preferimos tener el control sobre ella. Preferimos que usted nos dé el control sobre ella.

—No me ha respondido. ¿Por qué? ¿Por esa superchería satanista que me intentaba vender antes? Maldita sea. Cuántas vidas inocentes van a cercenar en su loca cruzada. Y eso no es lo peor. Después de esto, la cicatriz en España será tan grande que en un siglo no habrá curado.

—Satán no tiene nada que ver en esto, señor presidente. Nuestra cruzada es una locura porque si tuviéramos nuestro juicio nos habríamos suicidado. Y si tenemos que sacrificar a medio país por salvar a la humanidad, no vamos a dudar.

—¿Salvarla de qué?

—Del Culto Teaghónico, como le he intentado explicar.

—Nunca he oído hablar de esa idiotez.

—Ni de la Orden de la Última Luna, a la que represento, claro que no. Hay que pertenecer a ciertos círculos, hay que hacer una serie de... sacrificios, antes de alcanzar este conocimiento.

—¿Merece la pena que sacrifique España por ese conocimiento?

—No lo sé. ¿Merece la pena que sacrifique a una parte de los españoles por España, por el Mundo?

Las manos del presidente acariciaban su calva, intentando limpiar los oscuros pensamientos que se arremolinaban bajo el cráneo. No estaba teniendo mucho éxito.

—¿Por qué España?

—Por culpa de Heráclito, por supuesto.

—¿El filósofo griego?

—No. Su nombre completo es Heráclito Expósito, un indigente malagueño sin familia ni hogar. Habría muerto sin pena ni gloria, pero en algún momento de la década pasada comenzó a escribir la *Teaghonía*, la primera traducción a un idioma humano del Du'um-A-Khay. Y ha sido al español.

—No entiendo nada de lo que me está diciendo.

El falso sacerdote permaneció en silencio unos segundos. Azaña tenía los ojos fijos en la sotana, pero la mirada puesta en el abismo que se abría ante sus pies.

—Señor presidente, necesito que comprenda lo que está en juego. Necesito que conozca la historia. No tengo tiempo para sus dudas ni para las mías.

—¿Para las suyas?

—Mi Orden es muy estricta con este conocimiento. No todos están preparados para recibirlo. Estoy dispuesto a arriesgarme con usted. ¿Está usted dispuesto a arriesgarse conmigo?

—Padre Mijaíl o como quiera que se llame, ¿qué quiere de mí?

—Quiero que escriba a Francisco Franco Bahamonte y le avise del futuro levantamiento de las tropas de Marruecos, de que debe prepararse para liderar el bando nacional.

Azaña parpadeó, negó con la cabeza y boqueó un par de veces.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—¿Puedo confiar en usted, señor presidente?

—Más de lo que yo puedo confiar en usted.

—Entonces escuche mi historia, y si no la juzga convincente, me iré de aquí y no volveré a molestarle.

—No sé por qué tendría que darle ni eso.

—Porque sabe tan bien como yo que en unos días la guerra va a estallar, y soy la única oportunidad que le queda de tener algún control en el conflicto.

El silencio de Azaña duró varios minutos. Todo ese tiempo, su mirada erraba por los papeles que se acumulaban en su mesa. Al final, miró al padre Mijaíl a los ojos, y eso fue todo lo que hizo falta.

—Para entender el peligro que representa Heráclito y su traducción, hay que conocer el Mundo antes de que apareciese la *Teaghonía*. La sección uno del dossier le dará suficiente información.

El presidente tardó unos instantes en abrir la carpeta y sumergirse en la lectura del dossier. Entre las fotografías, los testimonios y las notas fue formándose una historia en su mente.

1917

*Una niña sale corriendo. Las calles están resbaladizas de aguanieve, el cielo nublado. Las lágrimas que recorren su rostro infantil y pálido se*

*convierten en puñales. Se aleja, se aleja todo lo posible de la escuela. Ha conseguido zafarse de los profesores que pretendían hacerla entrar en razón a base de regla y disciplina.*

*Querían arrancarle lo más precioso que le quedaba, el recuerdo de su madre, a base de mentiras impuestas que no comprendía. Se ha rebelado, claro que sí. No podía hacer otra cosa que rebelarse. Cada nueva lección que intentaban que aprendiese era un clavo más sobre la tumba de su madre y su linaje.*

*Aquella niña jamás comprendió lo que el Reino de Hungría intentaba hacer con ella, con toda su herencia eslovaca.*

*Porque en su huida se encontró con una mujer hermosa y sonriente que le dijo: «Ven», que le dijo: «No tengas miedo». Que le dijo: «Aquí hay más niños.» Y ella cogió su mano, se enjugó las lágrimas y la siguió.*

*Aquel padre jamás comprendió por qué su hija había desaparecido, el último recuerdo de su esposa muerta arrancado. Culpó al Reino de Hungría. Y el Reino respondió con pólvora y silencio.*

*Fue el último niño desaparecido.*

*En un recóndito paraje, en el fondo de un valle tan profundo que el sol no lo rozaba más que unas horas al día, allá en los Urales, unas ruinas descoloridas e invadidas por la hiedra esconden la entrada de un complejo de catacumbas. Las paredes de los túneles están combadas en ángulos extraños, los ladrillos están marcados con signos ajenos. Cualquier susurro se magnifica tanto en la resonancia alterada de aquel lugar que en algunos pasillos se transforma en rugido intolerable.*

*Por eso era tan desquiciante el cántico constante de quinientas voces desgañitadas que recorría aquella arquitectura como martillazos de sonido sólido.*

*Agh-Okra Du'um-A-Khay  
Du'um-A-Khay Agh-Okra*

*En el centro de un laberinto sin sentido, dándose la mano en mitad de un trance, trece niños rodeaban a una figura encapuchada. Y el resto de la caverna vibraba bajo la luz de las velas con los cánticos de centenares de personas.*

*Agh-Okra Du'um-A-Khay  
Du'um-A-Khay Agh-Okra*

*La figura se llevó las manos a la capucha, y los cánticos se detuvieron, ahogados por la respiración*

agitada que precede a un acontecimiento extraordinario. Parecía que la Tierra entera se preparaba para un orgasmo.

Bajo la capucha estaba el horror. Las setas venenosas mantuvieron a los niños ajenos a lo que había en el centro de la sala, porque sin su ayuda estos habrían salido corriendo, llorando, llenos sus sueños de pesadillas para siempre. Un pobre hombre, enfermo, mostraba un rostro tan deforme que hubiera sido herético llamarlo humano. Cuando comenzó a recitar el poema, los sonidos que producía su garganta iban más allá de la gama que cualquier persona podría usar, que cualquier criatura consciente del planeta podría usar.

Y al recitar Du'um-A-Khay, Ella se manifestó. Y como era el Cantar adecuado, los niños empezaron a sufrir espasmos. Pues estaban siendo imbuidos de Agh-Okra, la Plaga-Legión. Contaminados para transformarse en los sacerdotes de Du'um-A-Khay.

Una detonación rompió la armonía de Du'um-A-Khay. La sangre bañó a los niños. El deforme había muerto, el último Cantante Humano había sido asesinado. El horror de la escena, el vínculo roto, fue tan espeluznante y doloroso para el culto que los

*agentes que entraron después no encontraron apenas resistencia.*

–Los niños no sobrevivieron –añadió Mijaíl.

–Asesinaron a los niños secuestrados.

–Ya no había esperanza para ellos. Estaban contaminados por Agh-Okra, por Du'um-A-Khay, para siempre. Eran la última forma que había tomado Ella en la Tierra, y su muerte era la purga necesaria para eliminarla de una vez por todas.

El falso sacerdote se detuvo unos instantes.

–O eso creíamos.

Azaña frunció el ceño.

–Si voy siguiendo bien el hilo de sus cuentos, la única forma de que esa cosa...

–Du'um-A-Khay, la Lengua de las Esferas.

–Eso. La única forma de manifestarse en nuestro planeta es que alguien hable su idioma...

–Que la hable a Ella. Ella es el idioma, es la música y es la que produce la música y el idioma.

El presidente negó con la cabeza.

–Es muy tarde para estos juegos...

–Le advertí que esto no era fácil de comprender. No piense en los dioses a los que hemos adorado nosotros. Ella es distinta. Ella es corpórea cuando

alguien la pronuncia, cuando alguien la canta; y cuando ella es corpórea, es cantada y es pronunciada.

—Pero para pronunciarla es necesario tener una deformidad muy particular, ¿no? Como ese pobre desdichado al que asesinaron.

—Así era, hasta que alguien la tradujo.

—Heráclito.

—Heráclito. En la sección ocho se encuentra el caso de Carlota Jáimez Torres. Nuestro primer contacto con la *Teaghonía*. Quizás así le queden las cosas más claras.

1929

*Como exorcista, el padre Mijaíl tenía acceso a numerosos casos que quedaban ocultos para la luz pública. Era de gran provecho para la Orden su presencia en la Iglesia Católica y la utilización de sus recursos para distinguir casos de fraude o sugestión de verdaderos intentos de Entidades Malignas de entrar en nuestro plano.*

*Habitualmente, Mijaíl se enfrentaba con entidades menores, criaturas de las Esferas más cercanas a la Tierra que eran fácilmente selladas y alejadas.*

*Pero el caso de Carlota era especial. Repasó el dossier de la niña a duras penas en el coche que le trasladaba hacia Málaga. Se encontraba en Despeñaperros, un paso en Sierra Morena tan estrecho y difícil de practicar como peligroso. Y a pesar de la belleza del paisaje, todo colinas verdes, y del mareo producido por las innumerables curvas de su camino, Mijaíl no podía levantar la vista del papel.*

*Carlota Jáimez Torres había nacido en el seno de una familia humilde de pescadores y se había criado con normalidad. Pero desde poco después de cumplir los ocho años había empezado a presentar un comportamiento extraño. Una especie de enfermedad de tipo comicial que se manifestaba en ausencias cada vez más habituales, junto con movimientos de manos y boca que se asemejaban más a una corea. Los médicos estaban desconcertados, e incluso fue trasladada a Madrid para ser examinada por algunas de las mentes más reputadas de su tiempo. Incluso el ya retirado Ramón y Cajal se interesó por el caso de Carlota dejando escrito en su Historia Clínica: «El cerebro tiene misterios que se escapan a la vista del*

*microscopio, y esta niña es la demostración viva de ello.»*

*Aquello no satisfizo a los padres, que tuvieron como único consuelo el fenobarbital, droga de reciente aparición que parecía aplacar las crisis, cada vez más frecuentes y violentas, de su hija. A cambio, la niña se convirtió en una muerta en vida, permanentemente en cama y bajo una sedación fuerte que, para colmo de males, cada vez parecía menos efectiva.*

*En ese momento entra la Iglesia Católica. El obispo de Málaga, Manuel González y García, alertado por el párroco local, pone en conocimiento de Roma el caso. El padre Mijaíl, recién adquirido el poder de practicar exorcismos, es enviado para revisar el caso.*

*Cuando el padre Mijaíl llegó a la casa de los Jáimez, un escalofrío espantoso recorrió su espina dorsal. Allí, las paredes resonaban con una cadencia particular, el aire hedía a putrefacción vegetal y los colores parecían confundirse en un gris iridiscente y caleidoscópico. Aquella sensación no le era ajena, era lo que traía Du'um-A-Khay. Ella estaba en esa casa.*

Los padres no tuvieron que acompañar al sacerdote, este podía sentir las palabras que se filtraban por debajo de la puerta. Podía olerlas. Podía palparlas en su paladar. Al entrar allí, encontró una muñeca rota. Una muchacha pequeña, escuálida y consumida. Todo su cuerpo estaba laxo presa de las drogas y su cuello torcido hacia atrás intentando obtener algo del aire. Quizás oxígeno, quizás alimento.

En cuanto entró, el padre Mijaíl supo qué debía hacer. Tomó una almohada, aplicó la extremaunción a la pequeña y luego cubrió su rostro, apretando con fuerza. La niña no opuso resistencia: estaba demasiado drogada.

Los padres lloraron su muerte, pero en sus lágrimas había cierto alivio a causa de la tortura que había resultado el último año. Aceptaron que su enfermedad se la había llevado y que ahora estaba sentada a la derecha del Padre.

Fueron tanteados. Los expertos de la Orden estudiaron en secreto si recordaban las palabras de su hija. Los salvó su ignorancia y su estulticia, que les hacía cerrar los oídos ante los delirios de la niña y huir de sus palabras como si fueran la peste. Y eso

*que la niña no paraba de repetir las mismas, una y otra vez, desde hacía dos meses.*

*Las palabras más peligrosas jamás recitadas, jamás escritas.*

—¿Qué era lo que repetía?

—El Primer Cantar de la *Teaghonía*, la *Nadhusixión*. Se encuentra en la sección tercera del dossier que tiene delante. La que está titulada «Libro Primero».

El Presidente abrió maquinalmente la carpeta y seleccionó el documento del que hablaba el falso sacerdote. Era una copia a máquina acompañada de una fotografía donde se observaba un libro abierto, evidentemente el original del que salían aquellas palabras.

—Nada exis...

—¡No!

La serenidad de Mijaíl se había esfumado. Antes de darse cuenta, Azaña lo tenía abalanzado sobre el escritorio con una mano encima de la hoja que había intentado leer.

—No lo lea en voz alta —había perdido su calma, y el acento era más evidente.

Azaña crispó los puños pero terminó por dar un suspiro y asentir.

—Gracias —jadeó el falso sacerdote, que se recuperó muy lentamente.

El presidente lo miró unos momentos más y terminó por enfrascarse en la lectura.

*Nada existía en constancia de un Ciclo Infinito sin  
sentido*

*Era sin tiempo ni estancia carente de Música,  
muerta,*

*Hízose Música entonces allí que la Nada era yerta  
Ella nos trajo las voces de gargantas del gris del  
olvido*

*Trajo la Música tiempo en la Nada y espacio en  
vacío*

*Forja que vibra en el Templo Sin Centro de Rostros  
Malditos*

*Altas columnas corintias sostienen frontones  
escritos*

*Lengua de Estrellas extintas y soles de mundos  
impíos*

*Hízose en Música un culto en su honor que es legión  
y es la Plaga  
para extenderse en lo oculto y cantar la venida de  
Aquella  
Voz que da cuerpo y materia consciente a la Música  
Bella  
Canta el esclavo de histeria y despierta la Hora  
Aciaga*

*Perdido, despierta de hastío  
Contrito, embriagada estrella  
Mancia de ejemplo e insulto  
Conoces las fintas de Eria*

–Esto es la obra de un loco.

–De un loco y de un imbécil –añadió el padre Mijaíl.

–No... –respondió de repente Azaña–. Un loco, sin duda. Pero ningún imbécil.

Mijaíl lo miró con una sonrisa enigmática. El presidente le sostuvo la mirada.

–Heráclito fue un niño abandonado en la puerta de un convento, del que se escapó a los doce años. Apenas sí sabía encadenar dos frases coherentes, y su inteligencia estaba muy por debajo de la media.

Créame, tuvimos ocasión de conocerle muy bien durante su proceso.

—Pues esto no lo escribió él.

—Tenemos informes de testigos que lo vieron redactando los Capítulos finales de su Tercer Libro. Agentes nuestros, de fiar. Justo antes de asesinarlo y quemar toda su obra. Pero dígame, ¿por qué le cuesta tanto creer que un imbécil escribiese ese poema? Acaba de decir que es obra de un loco.

—Sí. Pero un loco culto. Es casi un hexámetro dactílico castellano, pero...

—Pero la rima interna no coincide con la cesura. Lo sabemos. ¿Y ha notado como los errores métricos del primer verso y del duodécimo se compensan?

—Sé qué es lo que intenta demostrarme con todo esto. Pero solo tengo su palabra. Esto podría haberlo escrito cualquier erudito de la curia romana.

—Es más de lo que aparenta a simple vista. Es un conjuro de evocación, señor presidente.

Hazaña apartó el papel con una mano, entrelazó las manos delante de su mentón y miró al falso sacerdote con resignación.

—Ilústreme, ya que tanto interés tiene.

—Las primeras tres estrofas tejen el conjuro. Cuentan cómo aparece Du'um-A-Khay de la nada y

su presencia hace crecer a su alrededor su culto impío. Pero no es solo lo que dice. Ese ritmo de hexámetro de cesura alterada es Du'um-A-Khay traducido, esa musicalidad que está un paso lateral de la armonía humana. Al pronunciarlo en voz alta uno da forma musical a Du'um-A-Khay. Finalmente, los cuatro versos sin rima son el sello, que entrelaza todas las rimas de los dáctilos rotos y de los troqueos dando forma definitiva al Cantar.

Azaña se levantó. Tomó el dossier de su mesa y se lo extendió a Mijaíl. Se mantuvieron las miradas durante unos minutos eternos. Su interlocutor se puso en pie mientras se desabrochaba la sotana.

—Hubiera preferido no tener que recurrir a esto por su propio bien, pero comprendo que es difícil creer sin ver.

—¿Qué está haciendo? —Azaña se encontraba entre escandalizado y confuso.

El falso sacerdote se arrancó el alzacuellos y mostró sus hombros blancos a través de la apertura de su sotana. Parecía de repente tímido de mostrar su torso.

—Le he de advertir, señor presidente, que lo que va a contemplar ahora ha conducido al suicidio a muchos hombres.

—No sé de qué está hablando pero deténgase, por lo que más quiera. No quiero ver lo que me va a enseñar.

Mas el padre Mijaíl no se detuvo, sino que dejó caer la sotana. En contra de lo que había pensado, Azaña no lo encontró totalmente desnudo, mas con calzones largos. Mostraba un torso de espaldas amplias y tórax ancho, fibroso, en el que se marcaban las prominencias óseas. En el centro del pecho portaba un tatuaje, un círculo contorneado por ocho líneas quebradas que nacían radiales de este.

—No sé qué quiere demostrar con esto.

—Abra el dossier por la sección cuatro. Libro Segundo, Tercer Cantar. La *Reptolomía*.

—No voy a entrar en su juego.

De repente, una pistola apuntaba al entrecejo del presidente.

—Hágalo —dijo Mijaíl.

—Si levanto la voz, quince hombres entrarán y lo coserán a tiros.

—Pero antes de eso usted estará en el suelo con una bala humeante en la frente.

Azaña apretó los labios. Miró la sección que se le indicaba y comenzó a leer.

–En voz alta.

–Antes no parecía que eso le hiciera tanta gracia...

–Antes estaba leyendo el Libro Primero; de habérselo permitido habría entrado en un estado de trance alucinatorio y ahora no sería distinto de la pobre Carlota. Este Cantar es distinto, este habla de Agh-Okra, la legión-plaga.

–Sabe que todo lo que dice no son más que una sarta de necesidades para mí, ¿no?

–Por ahora.

Lo que había en los ojos del falso sacerdote instó al presidente a leer.

*Nacen de Música henchidos y Música quieren los lascivos*

–Espere –dijo Mijaíl entregando la pistola a Azaña—. La va a necesitar.

El presidente iba a protestar, pero de repente una melodía ajena y discordante comenzó a recorrer las circunvoluciones de su cerebro y, antes de darse cuenta, estaba pronunciando las palabras en voz alta.

*Nacen de Música henchidos y Música quieren los  
lascivos  
Orbes que en Ella han nacido por Gracia y Desgracia  
exudados  
Clavan sus garras vacías en almas humanas  
colmados  
Beben cordura tardía con álgido ardor, incisivos*

Un retumbe grave, como de flauta percutora, se dejó notar en las entrañas del presidente.

*Cánticos cósmicos nacen de pérfida sima aberrante  
Forman sus cuerpos procaces los bailes en Luz de  
Agonía  
Lunas extrañas desnudan la argéntea beldad que  
existía  
Gélidas língulas mudan conjuntas en voz discor-  
dante*

La inquietud de mil criaturas en extraño baile de sus miembros recorrió la espalda de Azaña.

*Ábside córneo destaca en la cúspide horrisona y  
magra*

*Magna corona es la estaca que portan en testas desnudas*

*Brazos que acaban en puertas a Música plácida y cruda,*

*Alzan sus voces despiertas en forma de Luz-Bisagra*

La respiración de Azaña se aceleraba de tal forma que cuando el duodécimo verso se volvió más corto de lo que debiera se quedó sin aire durante un segundo eterno.

*No-vivos alzados y amantes*

*Vacía onagra muda*

*Perdidos haces se aplacan*

*Servían las dudas ciertas*

Azaña alzó la vista. Mijaíl no lo miraba. Su rostro había pasado del blanco pálido al amarillo ceniciento. El sudor pegaba los escasos cabellos rubios a la piel. Los párpados, entrecerrados, temblaban al mismo ritmo que fasciculaban los músculos de su cara.

Y la música estalló.

El presidente se cubrió los oídos por reflejo, pero eso solo sirvió para que las vibraciones de la melodía

se transmitieran de sus manos a su cráneo. Era un compás de métrica ajena, una sonoridad descabellada. Tan familiar que dolían las diferencias como clavos en el sentido de la armonía y puñales al rojo blanco en la matemática. Una sinfonía que no había sido compuesta por un músico, sino que había compuesto al músico a su imagen y semejanza, que modificaba al instrumento hasta ajustarlo a su partitura y penetraba en el cerebro modificando sus conexiones a medida de sus alteraciones.

Un crujido hizo que Azaña centrara su atención en Mijaíl, en su pecho desnudo. Allí, el tatuaje comenzaba a brillar. Parecía desprender una luz cálida y dolorosa, blanca. La piel debajo del tatuaje se enrojeció a gran velocidad para luego llenarse de ampollas que, al reventar, derramaban un trasudado sanguinolento.

—¿Pero qué coño... ?

Acertó a decir Azaña antes de que el torso de Mijaíl se rompiera. No podía definirlo de otra forma. Habían aparecido fracturas en el contorno del tatuaje que se extendían hasta los hombros y el abdomen hasta formar la imagen de un extraño equinodermo. De la boca abierta del sacerdote empezó a emerger una estructura ósea y afilada,

como cuerno de animal. Los pseudomiembros se liberaron de su lugar habitual con el crujido del hueso y el manar de una sangre marrón coagulada. Al principio muy lentos, desperezándose, comprendió Azaña. Luego, como látigos que parecían vibrar de furia ante el tatuaje. En los extremos puntiagudos se abrieron espacios que parecían ansiar alimento cual bocas y, al mismo tiempo, atisbar cual ojos. Miraban con la curiosidad del hambre cada rincón del despacho hasta que se centraron en Azaña.

Solo entonces Azaña comprendió qué era Du'um-A-Khay porque Du'um-A-Khay, la que es Música y Lengua y Diosa, lo miraba a través de Agh-Okra, la Legión-Plaga.

Sonó un disparo. Por instinto, el presidente había usado el arma que aún estaba en su mano contra aquella mirada que desnudaba sus pecados y sorbía su juicio, que llamaba a la lengua de Azaña a volver a pronunciar el Du'um-A-Khay ahora y siempre.

El padre Mijaíl cayó en la butaca, con un agujero de bala humeante en el pecho. El tatuaje había dejado de brillar, su cuerpo parecía no haber sufrido más cambios, y la música había cesado con tanto

dolor como había llegado. El presidente se dejó caer, agotado, en su asiento.

–Sabía que le dispararía.

–Era el precio a pagar, el sacrificio por su colaboración.

Azaña asintió.

–Usted era uno de esos niños.

Mijaíl lo miró con una sonrisa.

–Agh-Okra está dentro de mí desde hace tanto tiempo que no recuerdo un día en mi vida sin escuchar Du'um-A-Khay en mi cabeza.

–¿Y eso no lo ha vuelto loco?

–Claro que sí, por eso sigo luchando en lugar de haberme suicidado.

Azaña sonrió, Mijaíl hizo lo propio. El presidente tomó papel y pluma y comenzó a escribir. Mijaíl contempló lo que hacía mientras la muerte pintaba su piel del color de la cera. Cuando Azaña terminó la carta parecía mucho más viejo y cansado. Los hombros le pesaban.

–Y la guerra es la solución.

–¿Qué mejor forma de buscar y asesinar a los herederos de Heráclito que bajo el disfraz de una guerra?

–Ya, bueno. ¿Y si escapa alguno?

–Habrá una purga. Franco la encabezará. Combatir  a un fantasma durante toda su vida, y entre todos los que cace estará aquellos teaghonistas que sobrevivan a la guerra.

–Lo que me está diciendo es que van a morir muchos inocentes. Miles de inocentes.

–Van a salvarse más.

Una lágrima recorrió la mejilla cansada de Azaña. Tragó saliva con dificultad.

–Mi pobre España, qué va a ser de ti –susurr  para sí mismo.

Mijaíl le sonrió no sin cierta dulzura. Azaña volvió a encararlo.

–Esto acaba aquí,  no? La  nica traducción de Du'um-A-Khay a un idioma humano destruida, su culto cazado. Habremos salvado al Mundo.

–De hecho tenemos pruebas de que circula una traducción al francés y posiblemente otra al polaco. Tenemos que confirmar nuestras sospechas, pero podrá haberse extendido mucho.

El presidente de la Segunda República guard  silencio durante una eternidad.

– Cu nto?

–Polonia, Alemania, Francia, Italia... Algunas pruebas nos llevan incluso a Japón.

–¿Y qué van a hacer –preguntó socarrón Azaña–, una Guerra Civil por cada país afectado?

–Si se confirman nuestras sospechas, tendremos que organizar algo a mayor escala.

–¿Mayor que una guerra?

–Mayor que la Gran Guerra. Una Segunda Guerra Mundial...

*Dedicado a la memoria de todos los que perdieron las guerras: los inocentes que murieron solo por estar en el sitio equivocado.*

## Sobre el autor de «El alma de la empresa»:

**Juan José Hidalgo Díaz** nació en 1984, en Málaga, y se crió en Torremolinos. Ha participado en varias antologías, entre ellas varias ediciones de *Calabazas en el Trastero* (*Entierros, Arañas, Especial: Barker y Empresas*), así como en el *Karma Sensual IV: Amores que matan, Tierra de Leyendas V, Te lo cuento y Más cuentos para sonreír*.

Además, forma parte de las asociaciones Noche y ESMÁTER, con estos últimos acaba de publicar *200 Baldosas al Infierno*. Ha formado parte, además, de los colectivos Señor Bufforson (con los que ha publicado *Sopa de Sapos*) y La Logia del Anto (con los que ha publicado *Quiero Ser*).

Fue ganador de los certámenes «IV Tierra de Bardos», «I Concurso FANCINE UMA», «IV Concurso de Relatos Aullidos.com». Además, fue finalista en el «I Nereidas de Microrrelato erótico», el «I Concurso de Barcelona de Microrrelato» y en el «2º Concurso Navidades Alternativas», entre otros.

Fue ganador de una de las ediciones de «El Reto» de *asshai.com* y organizador de otra de ellas. Por otro lado, fue el fundador del Concurso Teseo de Microrrelato.

En otro orden de cosas, ha ilustrado las páginas interiores de «Forastero en cuerpo extraño» de ed. el Parnaso y el relato «El Último Legionario» de Tierra de Leyendas V, ha visto su colección de dibujos «El Circo del Dr Trecavlof» expuesta en la tetería «El Refugio de los Condenados», en Málaga, e ilustró el póster «Mosaicoplastia, acerca de tres casos» que él mismo presentó al congreso de la SEROD de 2009 y «Hip fracture and blood transfusion» presentado al congreso EFORT 2012.

*Finalmente, ha guionizado varios cortos, como «El Club del Tápper», «Supuestamente Vanessa» o «Hemos robado las estrellas», de Sergio Sánchez Cano; y ha visto adaptar a corto dos relatos suyos (colaborando eventualmente como coguionista), en particular «Gilipollas», dirigido por Fran Bravo, y «En el hospital a las tres de la mañana», dirigido por el citado Sergio Sánchez Cano.*